

# Reflexiones

Por Partiquino



Abel 11, 1979



## Indios

■ Cuando uno viaja por América latina es fácil poder detectar en los rasgos de los habitantes de las distintas regiones la huella del ancestro aborigen. Los españoles que nos conquistaron no tuvieron impedimento en mezclarse con las tribus que poblaban el nuevo continente, dando lugar a un mestizaje que, según sea el lugar, adopta mayor o menor densidad demográfica.

No sucede lo mismo cuando se viaja por los Estados Unidos. Mirando los rostros de sus habitantes, podría pensarse que los ingleses que conquistaron esas tierras llegaron a parajes deshabitados. Es posible descubrir en los rostros que uno encuentra en la calle, en los buses y en los trenes subterráneos, características étnicas de alemanes e italianos; judíos y polacos; eslavos y celtas, pero de los indígenas que vivían en esas tierras antes de la conquista por los ingleses, pareciera no quedar huella alguna.

Y es natural que sea así. Los norteamericanos, que tanto se escandalizaron —y con razón— de la “solución total” que el nazismo pretendió implantar al pueblo judío, son descendientes directos de quienes aplicaron la misma solución. Hace doscientos años el general William T. Sherman escribía a sus superiores: “La exterminación de los indios es la única respuesta. Mientras más matemos este año, menos tendremos que matar el próximo”.

Con todo, una minoría de descendientes de los indios sioux, de apaches y cheyennes han sobrevivido y, después de vivir un largo período en que la cultura norteamericana no sólo los olvidó, sino los desprestigió, han principiado a interesar a antropólogos, científicos sociales y escritores norteamericanos. Lentamente, los indios norteamericanos han dejado de ser “los malos de la película”, los que siempre ponían en peligro al jovencito bueno, se aliaban con los bandidos y, al final, terminaban siendo exterminados por

“los buenos” en una orgía de violencia que no parecía importar, ya que las víctimas eran estos subhombres que cabalgaban medio desnudos y se adornaban con pintarrajeadas plumas.

Tres libros recientes dan testimonio de esta revalorización de los indios por la cultura norteamericana. Un observador cáustico ha sugerido que este interés nace para emular a los negros, quienes con “Raíces” han encontrado un nuevo motivo para afirmar su dignidad al explorar los orígenes de su raza. Al volverse ahora hacia los indios y su cultura, los blancos norteamericanos, si bien no pueden pretender encontrar la cultura de sus antepasados, sí ubican la de quienes eran los dueños de la tierra en que ahora viven.

De los tres libros mencionados, el que más me ha llamado la atención es “Hanta Yo”, cuya autora Ruth Bebe Hill demoró quince años en investigar y escribir. Su tema es la cultura que tenían los indios sioux que vivían en las márgenes del río Missouri y las llanuras de Iowa y Dakota. Sorprendentemente, se establece que esa cultura, en pleno funcionamiento a la llegada de los conquistadores, tenía más de mil años de existencia y sus valores, si bien totalmente diferentes a los de los europeos que los invadían, eran firmes y coherentes, de tal modo que el lector se siente tentado a preguntarse si la civilización que traían los conquistadores a sangre y fuego era efectivamente mejor que la que suplantaban.

La misma interrogante nace de “Raíces”, cuya versión en televisión ya se exhibió entre nosotros. Quizás “Hanta Yo” se convierta en un best seller como fue “Raíces” y, como aquella, termine convertida en una exitosa serie de TV.

Y ésa sí que va a ser novedad. Ver una serial en que los indios son los buenos, y los blancos, los malos, era una posibilidad que nunca consideramos cuando veíamos las de cowboy, en las matinés del cine del barrio.

PARTIQUINO